

ce cuarentaa años, habita una casilla que sirve de hospicio para los pobres en la ciudad de Kaifá, y que sube y baja dos veces por dia la montaña para ir à hacer oracion con sus hermanos. La dulce espresion de serenidad de alma y de alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones, nos produjo una vivísima impresion;—esas espresiones de felicidad sosegada é inalterable nunca se encuentran mas que en los hombres de sencilla y trabajosa vida y de generosas resoluciones. La escala de felicidad es una escala descendente; mucha mas se halla en las humildes situaciones de la vida que en las posiciones elevadas. Dios da á los unos en felicidad interior lo que da á los otros en brillo, renombre y caudal. Mil veces he hecho la prueba de esta verdad;—entremos en un salon, busquemos el hombre cuyo rostro respira mayor suma de contentamiento íntimo, y preguntemos su nombre;—de cierto es un desconocido pobre y desatendido del mundo: dó quiera y en todo se revela la Providencia.

A la puerta del hermoso monasterio que se alza en la actualidad, todo construido de nuevo, y resplandeciente de blancura, en la mas aguda punta del tope del Carmelo, nos estaban aguardando dos padres, únicos moradores de aquel vasto y magnífico retiro de cenobitas. Recibiéronnos como á paisanos y amigos: pusieron á nuestra dispo-

sicion tres celdas provistas cada cual de una cama, mueble raro en Oriente, de una silla y de una mesa: nuestros àrabes se establecieron con nuestros caballos en los espaciosos patios interiores del monasterio. Sirviéronnos una cena compuesta de pescado fresco y de verduras cultivadas entre las peñas de la montaña. Pasamos una noche deliciosa, despues de tantas fatigas, sentados en los anchos balcones que señorean el mar y las cavernas de los profetas. Una luna serena flotaba sobre las olas cuyo murmullo y cuya frescura subian hasta nosotros. Prometímonos pasar en aquel asilo todo el dia siguiente, para que descansasen nuestros caballos y renovar nuestras proviciones, supiéramos á entrar en un pais nuevo donde ya no hallariamos pueblos ni aun aldeas, y muy rara vez manantiales de agua dulce, y veíamos estenderse delante de nosotros cinco dias de desierto.

22 de Octubre de 1832.

Dia de descanso pasado en el monasterio del monte Carmelo ó empleado, en recorrer los puntos bellos de la montaña y las grutas de Elias y de los profetas. La principal de estas grutas, evidentemente labrada por mano del hombre en la roca mas dura, es una sala de prodigiosa elevacion; no

tiene mas vista que el mar sin límites, y no se oye en ella mas ruido que el de las olas que se estrellan sin cesar en la vertiente del monte. Las tradiciones dicen que aquella era la escuela donde Elías enseñaba las ciencias de los misterios y de las altas poesías. Admirablemente elegido estaba el sitio, y la voz del anciano profeta, maestro de toda una innumerable generacion de profetas, debia resonar magestuosamente en el hueco seno de la montaña que surcaba con tantos prodigios, y à la que ha dejado su nombre! La historia de Elías es una de las maravillosas historias de la antigüedad sagrada.

Elías es el gigante de los bardos sagrados. Cuando lee uno su vida y sus terribles venganzas, parece que aquel hombre tenia por alma el rayo del Señor, y que el elemento en que fué arrebatado al cielo era su elemento natural.—Magnífica figura, lírica ó épica para el poema de los antiguos misterios de la civilizacion judáica.—En todo, la época de los profetas, considerada históricamente, es una de las épocas ménos inteligibles de la vida de ese pueblo fugitivo: se ve sin embargo, y sobre todo en la época de Elías, la clave de aquella singular organizacion del cuerpo de los profetas, que evidentemente era una clase santa y letrada, siempre en oposicion con los reyes;—tribunos sagrados del pueblo, que le sublevaban ó le sosegaban con cantos, parábolas y amenazas;—que for-

maban facciones en Israel, como la palabra y la prensa las forman entre nosotros;—que guerreaban unos contra otros, primero con el filo de su palabra, luego con la lapidacion ó la espada,—que se esterminaban de la faz de la tierra, como vemos á Elías esterminarlos á centenares;—que luego succumbia á su vez, abriendo paso á otros bomina-dores del pueblo. Jamas la poesía, propiamente tal, ha hecho un papel tan grande en el drama político, en las destinos de la civilizacion: la razon ó la pasion, segun que eran falsos ò verdaderos profetas, no hablaba por sus bocas, mas que la enérgica y armoniosa lengua de las imágenes. No habia entre ellos oradores como en Atenas ó en Roma; ¡el orador es demasiado hombre! — no habia mas que himnos y lamentaciones; el poeta es divino.

¡Qué imaginacion ardiente, acalorada, delirante, no supone en semejante pueblo semejante dominio de la palabra cantada! Y ¿cómo admirarse de que independientemente del alto sentido religioso que encerraban aquellas poesías, hayan sido un monumento tan acabado, tan inimitable, de genio y de gracia?—El premio de los poetas entonces era la sociedad misma. Su inspiracion les sometia el pueblo, al que impulsaban, á merced de su albedrio, al crimen ó al heroismo; hacian temblar á los reyes culpables, les echaban la ceniza á la frente, ó despertaban el patriotismo en el pecho de sus con-

ciudadanos, los hacian triunfar de sus enemigos, ó les recordaban en el desierto y la esclavitud, las colinas de Sion y la libertad de los hijos de Dios. Me admira que, entre todos los grandes dramas que la poesía moderna ha sacado de la historia de os judíos, no haya concebido todavía ese maravilloso drama de los profetas, — bellísimo canto de la historia del mundo.

La misma fecha.

Vuelvo de pasearme solo por las embalsamadas pendientes del Carmelo. Estaba yo sentado á la sombra de un madroño, un poco mas abajo del sendero tajado que sube á la cima de la montaña y remata en el convento, mirando el mar que me separa de tantas cosas y tantos seres que he conocido y amado, pero que no se separa de mi recuerdo. Recorria en mi imaginacion mi vida anterior, recordaba horas semejantes pasadas en tantas playas diversas y con pensamientos tan diferentes; preguntábame si era yo en efecto quien estaba en aquella aislada cima del monte Carmelo, á pocas leguas de la Arabia y del desierto, y por qué estaba allí, — y dónde iba, — y dónde volveria, — y qué mano me conducia, — y qué buscaba á sabiendas, ó sin saberlo, en aquellas eternas correrías por el an-

cho mundo. Costábame trabajo recomponer un solo ser de mí mismo con las fases tan opuestas é imprevistas de mi breve ecsistencia; pero las impresiones tan vivas, tan lúcidas, tan presentes, de todos los seres que he amado y perdido, resonaban todas con una profunda angustia en el mismo corazon y hartó me probaban que esa unidad, que yo no hallaba en mi vida, se hallaba toda entera en mi corazon! y sentia humedecerse mis ojos contemplando lo pasado donde no veia ya mas que cinco ó seis sepulturas, donde cinco ó seis veces se habia hundido mi felicidad. Luego, obedeciendo á mi instinto, cuando mis sensaciones son demasiado vehementes y están á punto de anonadar mi pensamiento, las elevo con un impulso religioso hácia Dios, hácia ese infinito que lo recibe todo, lo absorbe todo, lo vuelve todo; yo le imploraba, me sometia á su voluntad siempre buena, y le decia:—Todo va bien, pues tú lo has querido; aquí estoy aún; continua conduciéndome por tus caminos y no por los míos; llévame donde quieras y como quieras, con tal de que yo me sienta conducido por tí, — con tal de que te reveles de cuando en cuando en mis tinieblas con uno de esos rayos del alma que nos manifiestan, como el relámpago, un horizonte de un momento en medio de nuestra profunda noche; — con tal de que yo me sienta sostenido por esa esperanza inmortal que has dejado en la tierra como una voz de los que ya no están en ella; — con

tal de que yo los halle en tí, y me reconozcan y nos amemos en aquella inefable unidad que formariamos tú, ellos y nosotros! Eso me basta para seguir avanzando, para caminar hasta el fin por este sendero que parece que no le tiene . . . pero haz que la senda no sea demasiado áspera para piés ya heridos!

Levantéme mas aligerado y me puse á coger puñados de yerbas aromáticas que embalsaman todo el Carmelo: con ellas hacen los padres del convento una especie de té, mas perfumado que la yerba buena y la salvia de nuestros huertos. Me han distraído de mis pensamientos y de mi herborización las pisadas de dos borricos cuyas herraduras resonaban sobre las tersas rocas del sendero. Dos mugeres, embozadas de piés, á cabeza en un gran lienzo blanco, iban sentadas en los borricos; un mancebo llevaba del ronzal al primero de aquellos animales, y dos árabes iban detras á pié, cargada la cabeza con anchos canastos de junco, tapados con servilletas de muselina bordada:—eran el señor Malagamba, su madre y su hermana, que subian al monasterio para ofrecerme provisiones de viage que nos habian preparado la noche antes. Uno de los cestos estaba lleno de molletes dorados como oro, y de un sabor exquisito, precioso hallazgo en un pais donde el pan es desconocido: el otro contenia toda especie de frutas, algunas botellas de excelentes vinos de Chipre y del Líbano, y aque-

llos innumerables dulces, delicias de los orientales. Recibí con gratitud el presente de aquellas amables señoras. Envié á los árabes á llevar las cestas al monasterio, y nos sentamos á hablar un momento de las desgracias de madama Malagamba. El sitio era delicioso; estábamos bajo dos ó tres grandes olivos que sombreaban el estanque en que se ha labrado la fuente del profeta Elias, cayendo de roca en roca en un pequeño barranco, del monte Carmelo. Los árabes habian estendido las mantas de sus burros sobre el cespéd que rodea la fuente, y las dos mugeres, que se habian echado sus largos velos á la espalda, sentadas en el divan del viagero, á la orilla del agua, en su mas rico y vistoso trage, formaban un grupo digno del ojo de un pintor. Yo estaba sentado en frente de ella, en una cornisa del peñasco de donde caía el manantial. Muchas lágrimas regaron las mejillas de madama Malagamba recordando delante de mí la época de sus prosperidades, y su caída en el infortunio, y sus presentes miserias, y su fuga de San Juan de Acre, y sus maternales cuidados por el porvenir de su hijo y de sus hermosas hijas.

La señorita Malagamba escuchaba aquellas razones con la serena indiferencia de la primera juventud; divertíase en reunir en ramilletes las flores sobre que estaba sentada: solamente cuando la voz de su madre se alteraba hablando, y caían algunas lágrimas de sus ojos, su hija le pasaba el brazo al

rededor del cuello y enjugaba su llanto con el pañuelo de musolina bordado de plata que tenia en la mano; luego, cuando volvía á asomarse la sonrisa al rostro de su madre, tornaba á su distraccion infantil y de nuevo casaba los colores de su ramillete. Prometí á aquellas pobres mugeres acordarme de ellas y de su hospitalidad tan inesperada cuando volviese á Europa, y solicitar de mis amigos en Turin algun ascenso para el jóven agente consular de Kaifá: con esto volvió la esperanza, aunque muy lejana é incierta, al corazon de madama Malagamba, y la conversacion tomó otro giro. Hablamos de las costumbres del pais y la monotonía de la vida de las mugeres árabes, cuyos hábitos se ven tambien precisadas á contraer las europeas que viven en Arabia; pero la señorita Malagamba y su madre, nunca habian conocido otro género de vida, y ántes bien se admiraban de lo que yo les contaba de Europa. Vivir para un solo hombre y de un solo pensamiento en el interior de sus estancias; pasar un dia en un divan trezándose el cabello, disponiendo con gracia las numerosas joyas con que se engalanan; respirar el aire fresco de la montaña ó del mar desde lo alto de una azotea, ó por entre el enrejado de una ventana; dar algunos pasos bajo los naranjos y los granados de un jardincillo para ir á pensar á la orilla de un estanque que un surtidor anima con su murmullo; cuidar de la casa, hacer con sus manos

la masa del pan, el sorbete, los dulces; una vez por la semana, ir á pasar el dia en el baño público, en compañía de todas las muchachas del pueblo, y cantar algunas estrofas de los poetas árabes acompañándose con la vihuela; esta es toda la vida del Oriente para las mugeres.

La sociedad no ecsiste para ellas; así es que no tienen ninguna de esas pasiones facticias del amor propio que produce la sociedad, son esclavas del amor mientras son jóvenes y hermosas, y mas adelante, esclavas de los cuidados domésticos y de sus hijos. ¿No vale esta civilizacion tanto como otra? Mientras estábamos así departiendo sobre diferentes objetos, mi dragoman, joven nacido en Arabia y muy versado en las letras árabes, me buscaba por los alrededores del monasterio y me descubrió junto á la fuente;—traíame otro joven árabe que habia sabido mi llegada á Kaifá y que habia venido de San Juan de Acre para hacer conocimiento con un poeta del Occidente. Aquel joven, nacido en el Líbano y criado en Alepo, era célebre ya por su númen poético; muchas veces habia yo oido hablar de él y me habia hecho traducir algunas de sus composiciones: á la sazón me traía varias, de que mas adelante daré la traduccion. Sentóse con nosotros junto á la fuente, y hablamos bastante tiempo con ayuda de mi dragoman; pero se hacia tarde, y era preciso separarnos.—Pues que estamos

aquí dos poetas, le dije, y que nos reúne la suerte desde dos puntos del mundo tan distantes, en un sitio tan encantador, á una hora tan hermosa, y en presencia de una beldad tan perfecta, deberíamos consagrar, cada uno en nuestra lengua, con algunos versos, nuestro encuentro y las impresiones que nos inspira este momento. Sonrióse y sacó de su cinto el tintero y la pluma de caña, tan inseparables de un escritor árabe como lo es el sable de un guerrero: ambos nos retiramos á algunos pasos para ir á meditar un momento nuestros versos. El acabó mucho ántes que yo: hé aquí sus versos y los míos: en ambos se reconocerá el carácter de las dos poesías, pero escuso advertir cuanto pierden todas las lenguas pasando á otra.

“En los jardines de Kaifá hay una flor que el rayo del sol busca por entre el enrejado que forman las hojas de la palmera.

“Esta flor tiene ojos mas dulces que la gacela, ojos que se parecen á una gota de agua del mar en una concha.

“Esta flor tiene un perfume tan penetrante que el jeque que huye ante la lanza de otra tribu, en su yegua mas rápida que la caída de las aguas, la huele al paso y se detiene para respirarla.

“El viento de Simoun arrebató de los vestidos del viajero todos los demás perfumes, pero nunca arrebató del corazón el olor de esa flor maravillosa.

“Se encuentra al márgen de una fuente que corre sin murmullo á sus piés.

“Niña; dime el nombre de tu padre, y te diré como se llama esa flor.”

Hé aquí los que yo compuse é hice al instante que tradujese al árabe un dragoman:

Fuente, cuando á tu orilla va á sentarse;
Pensativa, en la sombra. Lila bella,
Y sobre tí inclinada,
En tu agua azul se mira,
Y su semblante se refleja en ella
Como en el golfo inmóvil una estrella;

Un temblor tus dormidas aguas riza;
No se ven de tu fondo las arenas,
Ni los flexibles juncos;
De encantos y de luz toda te llenas,
Y la vista, que un dulce echizo ofusca;
¡Oh fuente! solo en tí su cielo busca!

Porque entónces bellísimos objetos
Reflejas solamente: ojos azules
Como esas florecillas
Que esmaltan tu ribera entre rosados
Labios risueños, dientes nacarados:
Globos, que un blando aliento,
Agita en compasado movimiento:

Cabellos enlazados entre flores,
 Que hacen pender su peso; brazaletes
 Que de sus brazos el carmin realzan;
 Perlas que bajo el agua pura brillan,
 Y que asir uno se imagina en vano,
 Como su arena de oro, con la mano,

Sobre esa sombra yo la mano tiendo
 Por miedo de que el viento la disipe,
 Y envidiosos mis labios de su orilla,
 Quieren beber el agua venturosa
 Que reflejan la imágen deliciosa.

Pero cuando risueña se levanta
 Lila, y sigue à su madre solo queda
 En aquel ántes encantado sitio
 Un agua triste, oscura:
 La pruebo, y es amarga: de su seno
 Deslucen el cristal la alga y el cieno.

¡Oh niña! lo que en esas aguas causas,
 Siempre causó en mi alma la hermosura:
 Cuando su dulce rayo la ilumina
 De claridad y júbilo se inunda;
 Mas ¡ay! cuando se aleja,
 En tinieblas tristísimas la deja.

Pero era el caso que la hermosa niña para quien acabábamos de componer estos versos en francés y en árabe literal, no entendía el francés ni el árabe, y solo un poco el italiano.

23 de Octubre, 1832.

Al salir el sol hemos dejado, repuestos y alegres, el convento del Monte Carmelo y sus dos excelentes religiosos, y nos hemos encaminado por ásperos senderos que bajan de la cima al mar. Ahí, hemos entrado en el desierto que se estiende entre el mar de Siria, cuyas costas aquí son en general llanas, arenosas y están cortadas en pequeños golfos; y las tierras que son una continuacion del Monte Carmelo. Estas tierras que van descendiendo con insensible gradacion, á medida que se acercan á la Galilea, son negras y áridas y con frecuencia hienden las peñas la capa de tierra y de arbustos que les queda: su aspecto es sombrío y monótono; no tienen mas que su vestidura de luz esplendente y la ideal magestad de lo pasado que las rodea; de trecho en trecho, la cordillera que forma por espacio de diez leguas, se interrumpe y se entreabre á la vista algun valle poco profundo; en el fondo, ó en las laderas de uno esos valles vemos distintamente los restos de una fortaleza y una gran